

VERDAD INFORMATIVA Y VERACIDAD INFORMADORA: ¿PUEDE HACER ALGO EL PERIODISMO POR LA VERDAD?

José Manuel Chillón
Universidad de Valladolid

Resumen: Lo que el periodismo puede hacer por la verdad consiste en lo que pueda hacer el periodista. El sujeto, profesional de la información, el constructor de la noticia, puede hacer que la verdad informativa siempre parcial, incompleta, esté en expectativa de ser más verdadera. Pues bien, esta tensión sólo puede llevarla a cabo el ejercicio de la actitud profesional de la veracidad. Si la construcción informativa permite a los públicos conocer lo sucedido, es porque la información resultante puede ser tildada con el adjetivo sobre el que reposa la protección y garantía constitucional: la veracidad. Sujeto-objeto, hombre-mundo y ahora veracidad-verdad nos recuerdan la inmensidad de la realidad y la finitud del conocimiento humano, en este caso del profesional del periodismo informativo, y nos advierten de las indeseables consecuencias de una veracidad a solas, sin conexión con la verdad.

La heterogeneidad de formas que encubren el engaño en las sociedades actuales y el disfraz poliédrico con el que se reviste la mentira provocan dos movimientos muy interesantes en esta relación que tratamos de descubrir entre verdad y veracidad. Un reciente estudio de Bernard Williams detecta que, junto al compromiso profundo por la veracidad, o al menos junto a la necesidad de precaverse contra las apariencias y su conglomerado de mentiras y descubrir así las estructuras reales que se encuentran tras ellas, aparece una desconfianza absoluta en relación a la verdad misma: ¿las cosas de las que se nos habla existen? Y si existen, ¿son realmente así? El fervor por la veracidad, explica Williams, y la desconfianza frente a la idea de verdad

están relacionadas entre sí¹. Se produce de esta manera, una sobrevaloración de la veracidad como si ello fuera lo único que nos libera de la atmósfera nihilista que nos envuelve. La veracidad se presentaría como el conjunto de amarres, de disposiciones y de actitudes que nos *salvan* de sumergirnos definitivamente en el lodo de la falsedad donde nada es verdad y, por tanto, tampoco nada es mentira. El ataque postmoderno a la verdad y el abandono de la pertinencia de una investigación que tenga por objetivo algo parecido a la verdad, arrastran consigo actitudes o son la contrapartida intelectual de sucedáneos que renuncian a los grandes problemas. ¿Puede considerarse la veracidad como uno de estos sucedáneos? Este artículo quiere plantearse si puede seguirse valorando la veracidad, y en concreto la veracidad periodística, pero desde otros presupuestos teórico-filosóficos que no nos obliguen a deshacernos de la verdad, más bien, que nos obliguen a volver a replantearnos el problema de la verdad. Porque, en el fondo, ¿tiene algún valor el esfuerzo por ser veraz si no hay ninguna verdad que apoye esta actitud? La veracidad, como valor, supone siempre, y de alguna manera, el respeto por la verdad². Porque, ¿qué sería de un periodismo asentado en esta firme convicción postmoderna de debilitamiento de la verdad? En algún sentido, que después podemos aplicar a nuestro campo de investigación, apuntan las reflexiones de Williams:

“Se plantea entonces la cuestión de si alguna explicación histórica puede aspirar sin más a ser verdadera: si la verdad objetiva, o la verdad absoluta puede considerarse honestamente la meta de nuestras investigaciones sobre el pasado (...) Pero si la verdad no puede ser la meta de nuestras investigaciones, entonces con seguridad será más honesto o más sincero abandonar toda pretensión de que lo sea, y asumir que estamos enfrascados en una lucha de retóricas”³.

Pero, ¿de dónde arranca esta convicción que trata de mermar las ilusiones de verdad a costa de ampliar las posibilidades de la veracidad convirtiendo a esta en un sucedáneo de aquella? A nuestro modo de ver, el anclaje teórico-filosófico podemos descubrirlo en Nietzsche. Cuando el padre del nihilismo contemporáneo asegura en *Más allá del bien y del mal* que nadie ha sido suficientemente veraz acerca de lo que es la veracidad, está asegurando que la

¹ Cfr. B. WILLIAMS, *Verdad y veracidad*, Madrid, Tusquets, 2006, p. 13. Así y todo, aunque su análisis nos parece correcto y genuinamente contemporáneo, con algunas de sus conclusiones no estamos de acuerdo, como en el caso de evitar la definición de verdad y sustituirla por el análisis de sus nociones relacionadas: “Pero, ¿qué ocurre con la verdad misma? (...) Deberíamos resistirnos a cualquier exigencia de definición de la verdad, principalmente porque la verdad pertenece a un conjunto ramificado de nociones relacionadas, tales como significado, referencia, creencia, y demás, y mejor haremos en dedicarnos a explorar las conexiones entre estas nociones que en tratar de hacer de una o varias de ellas la base de las demás” (Ibid., p. 71) De hecho, creemos que la propuesta más adecuada ha de partir exactamente de una noción de verdad presentada como principio, para proseguir a desentrañar las relaciones que guarda con la veracidad.

² Ibid., p. 22.

³ Ibid., p. 14.

veracidad, hasta ahora, se ha visto como el suplemento subjetivo de una supuesta verdad ontológica situada en un trasmundo de origen socrático-cristiano. Pero la veracidad propugnada por Nietzsche tiene otro tinte, como trataremos de ir resolviendo. Para el filósofo, la voluntad de verdad ha arrastrado a la civilización occidental a la crisis donde se encuentra en la actualidad⁴. Quien acepta la muerte de Dios como presupuesto de un nuevo amanecer, quien empuña el cuchillo deicida con el que queda destronado el altísimo, quien provoca el derrumbamiento definitivo del *mundus supra mundum* de los valores y de la moral, abandona para siempre esa fe ciega en la verdad del más allá, para conformarse con lo único, lo instintivo, lo biológico, lo finito. Los débiles y toda la *chusma que no hace más que balar conceptos*, son los únicos que todavía tienen esperanza y conciencia de culpa, pasado y futuro, como el *último hombre*. El superhombre, como el niño que recrea y disfruta del presente que es absoluto y sin normas, se afianza en la voluntad de poder asesina pero auténtica. Una voluntad que, a la vez que levanta acta de la muerte de Dios a manos de los hombres, contempla gustoso la caída de los absolutos y del más allá de la verdad para *beber hasta el fondo la copa de la finitud*. No hay distancia entre el querer y el poder, porque, la distancia no es más que el reflejo de la moral de esclavos impuesta. Caído este orden normativo, la única voluntad es la voluntad de poder que reclama para sí la inauguración de un nuevo tiempo, de una nueva historia *tan alta como la que nunca pudo ser contada*.

Todas estas ideas, sugerentes cuando menos, pertenecen al *cuerpo doctrinal* más desarrollado de las propuestas de Nietzsche, pero todas ellas, de alguna manera, tienen un enraizamiento muy interesante en una obra inicial, breve y que a nuestro modo de ver, expresa programáticamente los grandes pilares sobre los que pivota toda su filosofía posterior: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*⁵. En esta obra, el sentido moral de la verdad por el que los ciudadanos han construido una mentira que les ha permitido organizarse social e intelectualmente, se comprende como el reflejo normativo de una *verdad* de origen extramoral. Una verdad, mejor dicho, una mentira que transforma en confortable el mundo; una mentira que cristaliza en los conceptos con los que el intelecto cree poder captar y capturar la realidad; una mentira con la que los hombres se ponen a buen recaudo frente a un mundo finito, pasajero, inabarcable.

“En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir; aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude, la murmuración, la farsa, el vivir

⁴ Por cierto que Zubiri, a pesar de la crítica nietzscheana, rehabilitó la noción de voluntad de verdad, entendiéndolo por ello el deseo incontenible de ponerse en claro con lo que las cosas son. Junto con esa especie de *hambre de realidad*, es imprescindible tener la humildad y la sabiduría de ponerse a la escucha de la realidad, de plegarse a ella, de entrar en diálogo con todos los que tengan algo interesante que decir. Más adelante veremos que, efectivamente, la veracidad que necesitamos tiene que ver con esa voluntad (subjetividad) de verdad (objetivante) de todo profesional de la información

⁵ Utilizo para estas breves reflexiones F. NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1996.

del brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor, la escenificación ante los demás y ante uno mismo, en una palabra, el revoloteo incesante alrededor de la llama de la vanidad, es hasta tal punto regla y ley, que apenas hay nada tan inconcebible como el hecho de que haya podido surgir entre los hombres un inclinación sincera y pura hacia la verdad”⁶.

Parece entreverse una especie de nostalgia en ese diagnóstico que detecta una falta de *inclinación sincera hacia la verdad*. Una nostalgia que atestigua una situación que de facto incapacita al hombre para el descubrimiento de la verdad. Pero estamos convencidos de que el análisis de Nietzsche es, en este punto, un claro alegato a favor de la veracidad. Una veracidad que pierda ya para siempre la obsesión por acercarse a la Verdad. En el fondo, el filósofo está denunciando la falta de altura humana y de humildad intelectual necesarias para palpar la única realidad. La veracidad periodística, lo trataremos de explicar más adelante, es una actitud que también requiere de un racimo muy interesante de actitudes entre las que se encuentra una especie de prudencia, de *docta ignorantia*, que invita al profesional a un continuo enlace entre la realidad materia prima de la información y la realidad informativa cuya verdad se le presenta como principio. De la veracidad profesional depende la verdad informativa, en cuanto realidad que llega a los públicos y que produce el conocimiento deseado. Pues bien, de la misma manera, la veracidad depende de que se ponga en firme el ejercicio de ese otro conjunto de actitudes *prácticas* (en el sentido aristotélico de la palabra) extremadamente alejadas de la ὕβρις vanidosa que denuncia Nietzsche y que en nuestro ámbito provoca el surgimiento de profesionales *redentores* cuyas tesis de partida ponen en sordina la necesaria veracidad a la vez que envilecen la verdad informativa.

Pero esta denuncia de la soberbia propia de los humanos no le hace a Nietzsche proponer una nueva actitud de búsqueda y legitimar de nuevo un concepto de verdad. Al contrario, y esta es, a nuestro modo de ver, la clave, la verdad no es sino el héroe que crece con esa forma de ser propia del *hombre occidental*, y la ilusión que merece ser desenmascarada. De esta manera, el gran constructo científico no es más que el fruto de un ensamblamiento progresivo de metáforas que se nos proponen en forma de concepto. La humanidad es cada vez menos capaz, en primer lugar, de saber qué existe debajo de esos sedimentos solidificados de *verdades* y, en segundo lugar, y en esto cifra Nietzsche la gran mentira de Occidente, de recordar su origen metafórico. Sólo una maniobra que recobre el origen del valor podrá devolvernos a las inseguridades constitutivas propias de *animales no fijados*, de seres a la intemperie en una vida radicalmente inconfortable.

⁶ Ibid., p. 19. Más adelante explica Nietzsche de dónde proviene esa vanagloria que llena al género humano cuando cree que es capaz de conocer la realidad: “El hombre es acreedor de admiración profunda –pero no ciertamente por su inclinación a la verdad, al conocimiento puro de las cosas–. Si alguien esconde una cosa detrás de un matorral, a continuación la busca en ese mismo sitio, y además la encuentra, no hay mucho de qué vanagloriarse en esa búsqueda (...) Esto es lo que sucede con el descubrimiento de la verdad dentro del recinto de la razón”, *ibid.*, p. 28.

“¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas sino como metal”⁷.

Deshacerse del amplio y pesado fardo de la verdad no implica, según Nietzsche, abandonarse en los brazos de la mentira, sino aceptar en un gesto de valentía y de humildad intelectual lo que hay como lo único que existe. De tal manera que, vistas genealógicamente estas actitudes, la llamada verdad se comprende como el resultado de la *necesidad biológica de fingir para sobrevivir*. Lo que en sus obras de madurez se llamará la *inversión de los valores* propiciada por la filosofía socrática y consagrada por el cristianismo, tiene en esta primera obra su punto de arranque. El lenguaje y su codificación y cosificación intrínseca de la realidad, dotan de aparente verdad a la ficción de los conceptos sobre cuyo humus se alza el magno edificio del conocimiento científico. En este sentido, la verdad, como la capacidad para enarbolar la mentira, arrastra consigo la estructura cognoscitiva sujeto-objeto, la idea de causalidad o la ilusión de que nuestras ideas son correspondientes a las cosas. ¿Por qué deshacerse de todos estos presupuestos no nos confina a la mentira? Porque la mentira, para Nietzsche, sólo existe por oposición a la verdad. La mentira, como concepto, tiene el mismo origen genealógico que la ficción de la verdad. La esquizofrenia de la civilización actual, que ha protagonizado la modernidad y enarbolado los vuelos de una razón autónoma en la Ilustración, consiste en verse ahogada, según el análisis nietzscheano, por sus propios conceptos: la Verdad es *la mentira*, y la mentira es *la verdad*, la única verdad en cuanto lo único que existe. Sólo desde aquí podemos pensar que la actitud reclamada por Nietzsche es la *veracidad*. El descubrimiento de la única realidad radical, de la finitud y de la vida sin miedo, sin conciencia de culpa, pero sin esperanza, reclama una nueva actitud humana que se comprometa a deshacer el entuerto del entramado conceptual y olvide la permanencia para rescatar los aspectos *fugitivos* de la realidad⁸ como constitutivos de la existencia humana. La veracidad nietzscheana, a nuestro modo de ver, es el grito existencial de precaución contra la gran mentira, es la vuelta a la recupera-

⁷ Ibid., p. 25.

⁸ En este mismo sentido apunta el análisis que lleva a cabo Albert Chillón sobre la obra del filólogo: “Pero Nietzsche, agudamente consciente de la identidad entre pensamiento y lenguaje y de la naturaleza retórica de éste, puso en entredicho la creencia vigente de «verdad». No, desde luego, negando la existencia de la realidad, sino afirmando que el conocimiento que de ella es factible tener es siempre imperfecto, tentativo: se lleva a cabo partiendo de sensaciones que «hacen sentido» sólo en la medida en que son transubstanciadas lingüísticamente. De manera que nuestro conocimiento de esas realidades externas y de nuestras realidades internas es siempre un tropismo, un salto de sentido, una genuina e inevitable traducción”. A. CHILLÓN, “El giro lingüístico y su incidencia en el estudio de la comunicación periodística”, en *Anàlisi* 22 (1998) 72.

ción de la memoria que reconoce esa ficción como obra y creación humana, es la actitud en la que se cifra la autenticidad del género humano que sabe de sus límites y así recupera su grandeza.

En Nietzsche acabamos de comprobar cómo la revitalización del concepto de veracidad exige la caída definitiva del pilar de toda filosofía y de todo conocimiento: la Verdad. Ontología y axiología se las han apañado para encubrir la autenticidad y olvidar la *verdadera* realidad. La veracidad, en nuestra opinión, aparece como la actitud valiente protagonizada por una voluntad de poder que desafía la mentira de la verdad para quedarse a solas, sin seguridades ni metafísicas. Es la veracidad la que provoca todo un movimiento de investigación intelectual que tiene hondas repercusiones en la moral y en la ciencia. Es la veracidad el único resorte que le queda al sujeto ante la pléyade de ficciones y de ilusiones que se van desmontando a fuerza de recobrar la memoria de su origen. Pero es la veracidad la que no se abandona en un nihilismo negativo y pasivo completo de nostalgias que, en el fondo, volverían a edificar otro mundo de metáforas de ensueño salvavidas. Se trata de la veracidad que se sabe sumida en un nihilismo que genera tiempo, que es presente definitivo y en la que ella representa el esfuerzo del hombre por asumir su vida como lo único. Es una veracidad desenganchada de la verdad como *la tierra se deja de la cadena de su sol*, pero es una veracidad que, en nuestra opinión, tiene conciencia de su conexión a una nueva *verdad* que es la vida, lo dionisiaco, el más acá. Una veracidad que se sabe auténtica puliendo y acrecentando cada día los engranajes de esa vital y existencial conexión.

Hemos llegado al punto inicial: toda veracidad supone siempre un respeto por la verdad; ni siquiera quienes han pretendido cargar a lomos de la subjetividad una veracidad ante la carencia ontológica de la verdad, han podido desconexionar ambos polos. Lo que sucede es que esa veracidad, en los críticos como Nietzsche, comienza a reclamar *otra* forma de verdad. La reflexión nos ha llevado a acercarnos a un tipo de *verdad* que resurge al mismo compás con el que cae la Verdad.

Sin embargo, al contrario de lo que sucede en las filosofías nihilistas de corte nietzscheano, la desconexión de la veracidad y de la verdad en los medios no se presenta nunca como pretensión, sino como *factum*. Precisamente esto es lo que tenemos que desentrañar: ¿qué actitudes periodísticas, por tanto, parecen haberse esforzado en romper esta esencial referencia? ¿Se puede hablar de veracidad periodística aun cuando haya una renuncia previa a aceptar una verdad que puede destruir nuestras tesis de partida? El periodismo, y esto es un lugar común, ofrece algo único a una sociedad: la información independiente, veraz, exacta y ecuánime que se necesita para ser libre. Está en juego el bien máspreciado de los hombres en cuanto ciudadanos: la libertad que nos hace sujetos activos y objetivos prioritarios del sistema democrático. En esa libertad y en el progreso de los niveles democráticos encuentra su sentido el periodismo. No es baladí, por tanto, lo que la profesión haga o no con la realidad, lo que los profesionales consideren acerca de su deber de veracidad, o si esta actitud pone en valor o no una

mayor y mejor información como consecuencia del auténtico compromiso del periodismo: la verdad⁹. Y es que lo que verdaderamente es importante es saber en qué medida los públicos pueden conocer lo que sucedió, lo que hay. Si la veracidad decide hacer por sí sola el difícil recorrido de la información, en ningún momento conseguiremos públicos informados, sino públicos adiestrados. Y este es el gran peligro del periodismo que no se apea de sus postulados, de sus tesis de partida, de sus servidumbres ideológicas... en definitiva, de sus intereses. Revestidas de veracidad, van apareciendo investigaciones que, lejos de mantenerse como servicio público, no hacen más que encontrar elementos que se fuerzan para convertirse en piezas del puzzle de la realidad informativa. En ese caso, la veracidad se convertirá en un sucedáneo de la verdad, la veracidad pasará a ser no tanto la escucha atenta y activa de lo que sucede, cuanto el *deseo de que una información sea verdadera*¹⁰. Con

⁹ “Por tanto los periodistas deben estar comprometidos con la verdad, este es el primer principio, y deben ser leales a los ciudadanos por encima de cualquier otra institución, sólo así serán libres de buscar esa verdad. Además, a fin de comprometer a los ciudadanos en esa búsqueda, los periodistas deben aplicar métodos de verificación sistemáticos y transparentes”. B. KOVACH y T. ROSENSTIEL, *Los elementos del periodismo*, Madrid, El País, 2003, pp. 127-128.

¹⁰ Bernard Williams escribe: “la veracidad también tiene que ver con lo que está implicado en el hecho de querer que algo diferente de una creencia verdadera sea verdad. Las dos formas que puede asumir este deseo son: quiero que cierta creencia sea verdadera no debido a su contenido sino debido a alguna otra característica que tiene la creencia o la teoría en particular que es mía, o quiero que la creencia de que P sea verdadera porque lo que quiero es que suceda P”. B. WILLIAMS, o.c., p. 138. Así lo reconoce el periodista de *La Vanguardia*, X. MAS DE XAXÁS, *Mentiras. Viaje de un periodista a la desinformación*, Madrid, Destino, 2005, p. 56, cuando da cuenta de la costumbre de los medios de “forzar la realidad para que esta refleje la parte de verdad que mejor les va”. En esta dirección apunta Parra Pujante cuando recoge la idea de Valbuena en su *Teoría General de la Información*: lo que teóricos como Stocking y Gross llaman *sesgo de confirmación*, es decir, el sesgo propio de los periodistas al seleccionar sus fuentes para que estas confirmen sus propias teorías. Cfr. A. PARRA PUJANTE, *Periodismo y verdad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 83.

A este respecto, la famosa investigación periodística llevada a cabo por el diario *El Mundo* sobre los atentados del 11 de marzo de 2004 no parece estar libre de alguna de estas acusaciones. Por ejemplo, el informe pericial preliminar sobre los explosivos ordenado por la Audiencia Nacional detecta en los focos de la masacre una sustancia llamada dinitrotolueno (DNT). Según las fuentes consultadas por este diario (Unidad de explosivos de la Guardia Civil) esa sustancia no aparece en la Goma 2 ECO, que al parecer, y según la instrucción del juez Del Olmo, era el explosivo que costó la vida de 192 personas. A partir de este dato, el diario se pone a investigar en esta línea: si no explotó Goma 2 ECO, tuvo que explotar otro tipo de dinamita. Curiosamente el Titadyn utilizado por ETA sí tiene esta sustancia. Pero es que además, de no haber explotado Goma 2 ECO, cae toda la trama de explosivos asturianos. Por cierto que esta trama descubierta por la investigación de *El Mundo* había sido una de las aportaciones más interesantes de este medio a la verdad judicial del atentado, aunque ahora, su propia versión parece desmentirlo. ¿Qué tenemos? Un nuevo dato: una investigación pericial que lleva al diario de nuevo a fortalecer sus tesis de la posible implicación de ETA en el atentado y de servidumbre a las tesis de una determinada concepción ideológica. ¿Queremos saber la verdad o queremos que esto sea la verdad? La sentencia resultante del macrojuicio del 11-M dada a conocer el 31 de octubre de 2007 deja claro que el acto terrorista más grande de Europa fue organizado y ejecutado por una cédula yihadista y asegura que no hay datos, según la instrucción, para poder vincular la autoría a la banda terrorista. Rehabilita la trama de Asturias y explica cómo el explosivo utilizado procedía de Mina Conchita. La sentencia expone que en ningún momento hubo implicación de los altos mandos policiales y de seguridad del Estado y que se respetó la continuidad en la cadena de custodia. Todo un conjunto de hechos probados apoyados en la instrucción del juez Del Olmo tan denostado por algunos medios de comunicación. La verdad jurídica ya está sobre la mesa. Siempre

esta constatación, quede al menos apuntada una de nuestras tesis: la libertad de expresión y el derecho a la información como las dos garantías constitucionales que sirven de paraguas normativo al quehacer periodístico y a los públicos con quienes el profesional está comprometido, sólo entran en liza cuando existe un consciente, pero soslayado, intento de desconectar la veracidad de la verdad. Cuando el periodismo de investigación, santo y seña del esfuerzo por garantizar una información veraz, va con una teoría predeterminada, lo único que hace es conexas los hechos fruto de la investigación con el hilo preconcebido que irá construyendo una pieza, aunque sea de retales. Si los hechos no se adaptan a nuestra teoría, recordemos a Hegel, a nuestras tesis primeras, *peor para los hechos*. Por eso veracidad sin verdad no es veracidad: es interés, es desinformación, es producción de ideología... Una veracidad que cierra las puertas a la posibilidad de una verdad *distinta* está clausurando la siempre necesaria y esencial *verificación* periodística. La verdad puede poner al descubierto nuestro error, nuestro sesgo, nuestras informaciones incompletas... Por ello, el miedo a la verdad es el miedo al reconocimiento de que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, la realidad siempre es mayor, la verdad siempre es más complicada¹¹.

¿Se le puede exigir al periodista algo más que hacer todo lo que pueda por la verdad, aunque sus esfuerzos no culminen al final con éxito? Pues bien,

habrá posibilidad de recurso de casación ante el Supremo, es un derecho. Pero este versará sobre los fundamentos jurídicos de la Sentencia y sobre la aplicación de los mismos. Mas la verdad de lo que sucedió ya está jurídicamente expuesta. ¿Habrá marcha atrás en las tesis de la conspiración? La verdad periodística puede continuar su periplo particular, pero cuidado, porque esa veracidad puede, de nuevo, ser lo más ensombrecedor de la verdad.

A este respecto, nos parece muy enjundiosa la reflexión sobre la profesión periodística de la fiscal Olga Sánchez: "Como en parte tuve ocasión de decir al final del juicio, la dignidad de los afectados y la memoria de las víctimas no han sido merecedoras del tratamiento dado en algunos medios de comunicación por personas que, a lo mejor, en su momento, pudieron aprobar la carrera de periodismo, pero que no tienen *la altura y grandeza de una profesión tan importante en una sociedad democrática como la nuestra*. Estas personas han escrito o hablado a través del micrófono sobre aspectos de la investigación que se pueden calificar de insultantemente espurios, con un interés crematístico ilimitado, con pretensiones de moralidad cuando ignoran el significado de esta palabra, con un desconocimiento preocupante de los datos jurídicos que alegremente utilizaron. Son habladores o 'plumillas de estómago agradecido' que han hecho bandera del insulto y la descalificación hacia algunos de los que hemos tenido el honor de servir a nuestros conciudadanos, todos funcionarios públicos, que desde aquel día hemos trabajado hasta el desvelo por y para la sociedad en general. Un día, aquel 11 de marzo, de gente abrumada y con una pena infinita por la masacre que acababa de ocurrir, por el terror sin límites que se ensañó con los inocentes. Un día terrible de caos, de colapso circulatorio. Desde entonces hemos venido realizando nuestro trabajo de forma honesta". Extracto de Olga SÁNCHEZ, "Vocación por conocer la verdad", en *El País*, 7/11/07.

¹¹ "Hoy sabemos que nos mienten los medios y que a los medios les mienten las fuentes y muchos de quienes trabajan en ellos. Descubrir una mentira es fácil: nunca está completa. A la mentira le faltan datos, es incoherente, cuenta con una historia triste, es una idea incompleta (inadecuada diría Spinoza) y al serlo genera dolor, burla y retraso. Pero la culpa no es de los medios, así como el sofá no es culpable del adulterio, sino de quienes buscamos verdades sin ser veraces, es decir, de los que miran sin comprometerse con lo que miran. Y lo que es peor, de los que niegan lo que ven y entonces lo acomodan a lo que sienten". J. G., ANJEL, "De la veracidad como construcción de la verdad", en <http://www.saladeprensa.org/art582.htm> (Enero 2007).

esta actitud que debería ser valorada como ejemplo de un periodismo sano y verdaderamente comprometido con los valores democráticos, brilla por su ausencia. Es preferible el orgullo, la tozudez y la obsesión por hacer de la veracidad (o mejor dicho, de nuestra verdad) *la verdad*. Pero sólo puede haber verificación cuando la veracidad quiera hacerse *más verdadera*. La veracidad como actitud profesional exige un esfuerzo en el que la verificación cuenta como un ingrediente esencial. El mismo interés por contrastar opiniones, validar testimonios o esperar a publicar una noticia hasta que no se corroboren determinadas filtraciones, son ejemplos evidentes de una veracidad profesional que quiere producir una realidad informativa como la que los públicos necesitan y un estado democrático demanda. Pero, sin verdad, la verificación deja de tener sentido y la veracidad se queda a solas consigo misma presumiendo de esa que tanto daño ha hecho al prestigio de la profesión¹².

Poner, negro sobre blanco, los peligros de una veracidad que se quiere bandear a solas con la realidad es, a nuestro modo de ver, dejar manifiestamente claro que una reconstrucción racional de una Teoría de la Información Periodística que quiera restaurar la confianza de las sociedades en los medios necesita reconocer la *troncalidad* de la verdad. La veracidad sin verdad será el caldo teórico perfecto para un periodismo de sospecha, abriendo de esta manera las puertas para que cualquier indicio, por leve que sea, sirva como prueba de una nueva *verdad* periodística. ¿Cómo podremos descubrir la mentira? ¿Quién protegerá nuestros derechos a la intimidad, al honor y a la propia imagen si pueden ser puestos en cuarentena por cualquier exigencia periodística? ¿Con qué argumentos exigiremos a los medios nuestro derecho de rectificación? Es casi consustancial al periodismo el llamado *sesgo* informativo; pero es típicamente contemporánea la idea de que cualquier sospecha se puede convertir inmediatamente en verdad para el periodismo y desencadenar una investigación, alimentada por los propios medios, que les devuelve la carnaza necesaria para su dosis de novedad y exclusividad¹³.

¹² Algunos análisis van en la dirección de detectar una falta de criterios de verificación: “Reflexionar sobre lo que pregonan fuentes de uno u otro pelaje; preguntarse por su fiabilidad; contrastar; utilizar tan solo el sentido común; labores consustanciales al periodismo que hoy parecen arrumbadas”. L. MÍNGUEZ SANTOS, *¡Peligro! Periodistas: un análisis crítico del oficio de informar*, Sevilla, Comunicación Social Ediciones, 2005, p. 14. Sin embargo, nuestra reflexión pretende incidir en que este no es un problema básico, etimológicamente hablando, sino que se trata de una consecuencia de algo mucho más profundo y con más calado para la teoría periodística. El desinterés por estas rutinas profesionales verificadoras remite a la desconexión real que los periodistas establecen entre la veracidad y la verdad. Ante esa especie de nihilismo informativo que se instala cuando se quiere hacer ver que no hay más verdad que la que la línea editorial trata de demostrar, que la propia veracidad del medio, de nada sirven los instrumentos verificadores, y por tanto de nada sirve la crítica cuando la información y la investigación revisten de dogmatismo toda búsqueda.

¹³ Es esta situación la que queda tras el humus nihilista en el que parece asentarse el periodismo cuando reniega de la verdad, porque, si lo único válido es la veracidad, descubierta la mentira, ¿qué queda, periodísticamente hablando más que nada?: “El nihilismo tiene unas consecuencias muy indeseables en cualquier campo de actuación o de conocimiento (...) El fin de la historia, el fin de la ciencia, el fin de las ideologías, el fin del conocimiento, el fin del

Si una de nuestras primeras tesis en este artículo era que las conexiones entre los dos derechos constitucionalmente reconocidos se veía afectada cada vez que la veracidad periodística decidía iniciar el trabajo a costa de la verdad, otra de nuestras propuestas consiste en asegurar que la *desinformación* es otro de los efectos de esta catastrófica ruptura. Desinformación no sólo porque cada una de las líneas editoriales obligue a las fuentes a confirmar su propia verdad mientras izan la bandera de una veracidad periodística que quiere buscar la auténtica verdad; no sólo en este caso. Como muy bien observa Ramonet, la desinformación se produce también cuando la coincidencia de las informaciones acerca de los hechos ocurridos es tal que la propia coincidencia sirve como asiento y testigo de la verdad del acontecimiento, de la veracidad del informador y, por tanto, como resultado de la aparente verificación periodística. Aunque Ramonet¹⁴ sólo explique el problema, en nuestra opinión, la raíz de esta tipología desinformativa es la misma que nos viene ocupando desde el principio, la desconexión entre veracidad y verdad. Curiosamente, podemos observar que los dos grandes efectos de la llamada *desinformación* se presentan como dos tipos de periodismo, aparentemente en las antípodas, que denominaremos el periodismo *demiúrgico* y el periodismo *oficialista*; el periodismo que crea verdades al antojo de su pretendida veracidad, y el periodismo de comunicados. Dos extremos difícilmente comprensibles si no se entienden referidos a ese origen común problemático para el futuro del periodismo al que estamos dedicando estas páginas. Es fácil y es casi de obligado cumplimiento para todo el que escriba unas líneas sobre medios de comunicación, desgranar uno a uno los errores periodísticos, las desconfianzas de los públicos, la influencia de la estructura empresarial de los grandes imperios mediáticos e incluso referirse a esos dos extremos del quehacer periodístico. Pero es necesario, también, acceder a la raíz de la cuestión para visualizar que todas las deformaciones profesionales emanan de la misma desconexión de cuya solución depende el futuro del periodismo. ¿A dónde nos llevan cada uno de estos extremos?

El periodismo demiúrgico es aquel que, según sus intereses, crea el mundo informativamente hablando. Es el tipo de periodismo al que nos hemos referido ya más arriba como aquel intento de forzar a la realidad para

periodismo. Nihilismo porque fallan las respuestas que se han querido considerar como únicas por ser racionales". M. J. CASALS CARRO, "El arte de la realidad: prospectivas sobre la racionalidad periodística", en *Estudios sobre el mensaje periodístico* 5 (1999) 39.

¹⁴ I. RAMONET, *La tiranía de la comunicación*, Barcelona, Debate, 2002, p. 26. Páginas más adelante insiste de nuevo en esta idea: "¿Cómo podría definirse hoy la verdad? Hoy la verdad se define en el momento en que la radio, la prensa y la televisión dicen lo mismo respecto a un acontecimiento. Y, sin embargo, la prensa, la radio y la televisión pueden decir lo mismo sin que sea verdad. Fue el caso de Rumanía", *ibid.*, p. 38. Así lo expresan también los estudiosos Kovach y Rosenstiel: "En esta época en la que hay programas informativos las 24 horas del día, los periodistas pasan más tiempo buscando algo que añadir a las noticias ya existentes –por lo general en el terreno de la opinión– que intentando descubrir y verificar de manera independiente los hechos. En cuanto una historia sale del cascarón, toda la manada reacciona igual". B. KOVACH y T. ROSENSTIEL, o.c., p. 106.

que muestre la tesis que el medio quiere demostrar. Es el periodismo que carga a sus espaldas con el pesado fardo que supone el querer que una información sea verdadera. Es el periodismo que encarna la diferencia entre el construir la realidad consustancial a toda labor informativa, y el crearla a su antojo¹⁵. Por su parte, el periodismo oficialista no tiene un veredicto menos peligroso. Los escasos fondos económicos destinados a las plantillas de periodistas favorecen que los informativos, los periódicos en papel y on-line, estén repletos de informaciones oficiales meramente volcadas en los nuevos soportes. Despachos de agencias y gabinetes de comunicación llenan a diario las redacciones, dando materia prima informativa en un porcentaje cada vez más amplio. Si se quiere estar permanentemente actualizando las informaciones, llenar cada vez más pliegos de periódico o tener noticias para cubrir media hora de radio, o se invierte en profesionales y en ampliación de plantilla o no hay otro camino que el *oficialismo periodístico*. Este periodismo *perezoso* reproduce las noticias sin apenas contrastarlas, ofreciendo el sello de ser *oficiales* y creyendo así que esta es una buena manera de, al menos aparentar, ser independientes. Por su puesto que a esta constatación se une el proceso informativo como una tarea sometida a la tiranía del reloj, hasta el punto de que muchos comunicados, sobre todo en los medios audiovisuales, se leen casi literalmente tal y como han sido recibidos. No hay tiempo de verificar, ni personal suficiente y en la mayoría de los casos se cree, y aquí reside el verdadero peligro, que tampoco hay necesidad¹⁶. El problema de un periodismo así concebido es que puede convertirse en el alcahuete de las mentiras institucionales o de las verdades interesadas de diferentes grupos. Y siendo verdad que, jurídicamente, está a salvo de ser procesado por publicar una información falsa cuando la fuente es otra, ¿con qué legitimidad se puede presentar un periodismo que hace dejación voluntaria de sus deberes profesionales en donde pivotan los derechos de los ciudadanos?¹⁷ El periodismo oficialista no

¹⁵ Nos ha proporcionado la idea de denominar a este tipo de periodismo como demiúrgico un sugerente estudio de Félix Ortega en sus siguientes observaciones: “Un periodismo así considerado no es otra cosa que un periodismo no al servicio de la dinámica social y del público, sino subordinado a unos profesionales que se perciben como demiurgos en cuyas manos se encuentra el mundo para ser rehecho a la medida de sus intereses y creencias (...) La realidad ha cedido su puesto a los demiurgos de ella”. F. ORTEGA, “El modelo de la no información”, en F. ORTEGA (ed), *Periodismo sin información*, Madrid, Tecnos, 2006, pp. 19 y 48.

¹⁶ L. MÍNGUEZ, o.c., p. 12. El periodista Mas de Xaxàs explica cómo los partidos y los gobiernos, conocedores del funcionamiento de los medios, explotan estas debilidades con un método que los estadounidenses llaman *spin* y que consiste en llenar el ciclo informativo de verdades a medias o de mentiras a medias, todas ellas oficiales, que los medios reproducen sin apenas contrastar, porque consideran que son mucho más independientes que cuando ofrecen las noticias a pelo. Cfr. X. MAS DE XAXÁS, o.c., p. 51.

¹⁷ “Las técnicas propias de las empresas de relaciones públicas pueden ser mucho más sofisticadas en la Casa Blanca que en el Ayuntamiento de Barcelona, pero el propósito es el mismo: transmitir a los ciudadanos la realidad predeterminada, imponer una visión sin contradicciones, técnicamente sin mentiras, aunque elaborada con la finalidad de engañar”. X. MAS DE XAXÁS, o.c., p. 97. El problema de las informaciones-copia de los comunicados oficiales se comprueba en momentos especialmente críticos. Un buen ejemplo de esto lo recogen Gotzon Toral y Víctor Santiago Pozas, profesores de la facultad de Ciencias Sociales y de la Comuni-

se caracteriza por la escasez de fuentes a la hora de elaborar la información, sino de *algunas* fuentes. El periodismo demiúrgico y el oficialista son fruto de una mala comprensión de la veracidad periodística. El exceso autocomplaciente de uno y el defecto irresponsable del otro son los dos extremos de esta falta de relación entre la veracidad periodística y la verdad informativa como principio.

Hasta ahora sólo hemos hablado de las consecuencias profesionales de esta desconexión. Pero, ¿qué hay de las causas? Las estructuras empresariales de los medios, los tributos ideológicos que hay que pagar al partido de turno o, como expusimos más arriba, los escasos recursos destinados exclusivamente a la información, despuntan como los principales escollos para mostrar una profesión periodística sólo servidora de la verdad. Y sin embargo, en nuestra opinión, hay una causa menos estructural pero más profunda y vertebradora de la actualidad noticiosa: la espectacularización a la que se somete toda la información. Este análisis no trata de renegar de la necesidad de dotar a toda información de las condiciones esenciales para que resulte atractiva, comprensible e incluso visible. El problema reside cuando la información, para ser vendida al mejor postor, sacrifica su verdad informativa en aras de un mejor titular sacado de contexto, de unos planos que pueden contribuir a deformar la verdadera imagen o de un detalle sin importancia que se convierte en la exclusiva del medio. Esta tendencia a la espectacularización hunde sus raíces en la influencia del quehacer televisivo. Un quehacer que expropia la cotidianeidad de la vida para rescatar los aspectos más originales, únicos y sorprendentes de la realidad; y como estos no siempre se encuentran, la televisión tiene que procurárselos. El éxito de los formatos televisivos ha podido hasta con los propios informativos que las cadenas de televisión reservaban como tabernáculos inmaculados ajenos al espectáculo y la publicidad. Y son los propios formatos de informativos de las televisiones, ahora sí, los que se han impuesto como crisol de éxito para los demás medios. La espectacularización sacrifica la conexión verdad-veracidad desde el momento en que los hechos posibles, dotados de mayor atracción por la expectación que levantan, se transforman en hechos ciertos cuando, por ejemplo, una imagen dota de verosimilitud la veracidad que pretende demostrar el periodista. La verdad queda entonces relegada al espectáculo rentable y los esfuerzos periodísticos se concentran no ya en el contenido de la noticia sino en la *forma de presentarla* a los públicos. Es el concepto que periodísticamente se ha venido a llamar *opulencia informativa* y que a todas

cación de la Universidad del País Vasco, analizando la estrategia de la información institucional a raíz del 11-M en un estudio que presentaron en el XIX Congreso Internacional de Comunicación celebrado en Navarra en noviembre de 2004. En este trabajo concluyen que “la rapidez del Gobierno en el establecimiento de una hipótesis única, así como el retraso en el reconocimiento de su error, demuestran que la versión institucional se movía en el terreno de la especulación, alejada de los datos reales de la investigación y más acorde con sus propios intereses electorales” (cit. por *ibid.*, p. 154)

luces, impide en muchas ocasiones diferenciar qué es periodismo y qué es espectáculo¹⁸.

Así las cosas, estamos en disposición de tratar de aproximarnos a una primera definición de veracidad y a las posibles conexiones de esta con su principio: la verdad. Los extremos que hemos llamado demiúrgicos y oficialistas así como la ruptura de la co-implicación de derechos constitucionales como el de la libertad de expresión y el derecho a la información, nos ponen en una tesitura lo suficientemente pesimista con el futuro del periodismo, como para pensar en una veracidad lejos de la arrogancia de quien cree que una explicación relativa puede convertirse sin más en una verdad absoluta, pero también lejos del cinismo de quien, tras renegar de la posibilidad de dar con la verdad, acepta la legitimidad de cualquier visión parcial de la realidad como si de una simple *forma* de acercarse a ella se tratara. Porque la mentira periodística rompe el contrato tácito que mantienen informador y público como base de la legitimidad de su tarea, el primero, y como garantía de sus derechos, el segundo. En la veracidad periodística tiene que residir el peso de la prueba de un periodismo puntal del sistema democrático.

“Prescindiendo de las posturas negativas, parto de creer en la verdad, creencia que es el primer paso que nos pone en camino para ofrecer soluciones a los problemas que plantea, en general y en la actividad informativa. Si no se cree en la verdad, es incoherente pensar en los problemas que lleva consigo. En cambio, decir siempre la verdad es el hábito que compone la virtud de la veracidad que, en el lenguaje ordinario, de ser una virtud personal se ha transferido a la cualidad del mensaje o del medio. La veracidad, virtud afín a la justicia, incluye la verdad como su acto propio”¹⁹.

El realismo informativo, como calificamos en trabajos anteriores a las posturas de Teoría de la Información periodística asentadas en la ingenuidad del realismo gnoseológico²⁰, parece vincular la veracidad con el carácter lógico de la verdad. Mientras que la verdad como tal se sitúa en el ámbito del ser (ontología) la veracidad se refiere al decir de lo que sabemos que es, que es. Los teóricos del realismo informativo siguen pensando la veracidad en térmi-

¹⁸ Cfr. M. J. CASALS CARRO, o.c., 40. La ley de las audiencias impone que la noticia que abre los titulares sea lo bastante inquietante y sorprendente como para que uno decida mantenerse a la espera del desarrollo de la misma. Pero esta ley puede llegar a sacrificar todo por los intereses empresariales y económicos. “Vendida ha quedado su conciencia de periodistas a la ley de las audiencias”, como acusó Pilar Manjón a los periodistas en su comparecencia ante la comisión parlamentaria del 11-M. “Os temo. Estos cinco años de prensa me han costado quizá más que lo otro”, insistía Mari Angels Feliú, la farmacéutica de Olot, a los periodistas tras la detención de sus presuntos secuestradores. Dos ejemplos de cómo cuando se abre el telón de la información, el material que aparece en el escenario tiene que producir el mismo espectáculo que el prestidigitador contratado para mantener sorprendido y atraído a su público.

¹⁹ J. M. DESANTES GUANTER, “Veracidad, verdad, objetividad”, en *I Congreso Internacional de Ética y Derecho de la Información*, Valencia, Fundación Coso, 2003, p. 96.

²⁰ Cfr. J. M CHILLÓN, *Periodismo y Objetividad: entre la ingenuidad y el rechazo. Esbozo de una propuesta*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 89-113.

nos de correspondencia, esta vez de correspondencia entre lo que conocemos y lo que decimos, coincida o no, admiten, con lo que los hechos son exactamente. En este sentido, explica Niceto Blázquez, la veracidad, como virtud moral, afecta también a la adecuación de lo que sabemos, decimos y expresamos, incluso lingüísticamente hablando²¹. El teórico Guy Durandin expone con mucha claridad las relaciones de adecuación que remiten a la verdad y a la veracidad. Distingue tres niveles: la realidad como referente, el conocimiento de la realidad de cuyo éxito depende la verdad o el error, y el discurso como representación de la realidad que se transmite, de cuya fidelidad depende ahora la veracidad o la mentira²². Por eso no es lo mismo errar que mentir. Y mientras el periodismo soporta, asume y tiene mecanismos para reconocer el error y de alguna manera resarcirlo (por ejemplo con el derecho de rectificación) no puede aguantar la mentira a no ser a costa de la desintegración misma del sistema que lo soporta²³. Es veraz, por tanto, el profesional que experimenta que la verdad ha de *comunicarse*. La veracidad se presenta, así, como la interiorización de la exigencia de decir la verdad y por eso, lejos de ser una acción puntual se conforma como actitud vital, en este caso profesional. La veracidad, explica el profesor Torralba Roselló, tiene mucho de coraje, tanto como de conocimiento²⁴. *Parresíazesthai* significa en griego decir la verdad. Pero, ¿dice el *parresíastés* lo que él cree que es verdadero o dice lo que realmente es verdadero? En opinión de Foucault el *parresíastés* dice lo que es verdadero porque él sabe que es verdadero; y sabe que es verdadero porque es realmente verdadero²⁵. La característica fundamental de la *parresía* es entonces, que hay siempre una coincidencia exacta entre creencia y verdad.

²¹ Cfr. N. BLÁZQUEZ, “El fundamento metafísico de la verdad informativa”, en *Studium* 36 (1996) 222. Además, como buen realista, vincula al Aquinate la idea de que toda verdad objetiva o subjetiva tiene su razón fundamental de ser en la fidelidad del entendimiento tanto a la realidad del objeto como a las situaciones reales del sujeto. Apenas un par de páginas más adelante, recoge la definición de veracidad moral de Tomás de Aquino: “Aquella virtud ética por la que uno se manifiesta en su vida y de palabra tal cual es, sin que haya en la exposición cosas distintas, mayores o menores, que las que uno lleva en su interior”.

²² Cfr. G. DURANDIN, *La información, la desinformación y la realidad*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 32ss.

²³ Viene muy bien recordar aquí la tradicional definición de S. Agustín en la que aparecen perfectamente estos dos polos: “Una mentira es la enunciación premeditada de una falsedad (error) inteligible”.

²⁴ Cfr. F. TORRALBA ROSELLÓ, “Virtudes del comunicador audiovisual”, en J. A. AGEJAS y F. J. SERRANO (coords.), *Ética de la comunicación y de la información*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 297ss.

²⁵ Cfr. M. FOUCAULT, *Discurso y verdad en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 39. En el mundo griego, la adquisición de la verdad no puede ser un problema, ya que tal posesión de la verdad está garantizada por la posesión de ciertas cualidades morales: si alguien tiene ciertas cualidades morales, entonces ésta es la prueba de que tiene acceso a la verdad. Y continúa Foucault con una observación muy interesante: “Si hay una forma de prueba de la sinceridad del *parresíastés*, esa es su valor. El hecho de que un hablante diga algo peligroso –diferente de lo que cree la mayoría– es una fuerte indicación de que es un *parresíastés*. Cuando planteamos la cuestión de cómo podemos saber si aquel que habla dice la verdad, estamos planteando dos cuestiones. En primer lugar, cómo podemos saber si un individuo particular dice la verdad; y en segundo lugar, cómo puede estar seguro, el supuesto *parresíastés* de que lo que cree es, de hecho, verdad”, *ibid.*, p. 41. Aplicado a nuestra investigación, en

Aquí tenemos una comprensión de cómo vincular la verdad periodística con la veracidad al modo realista: la verdad existe, está ahí fuera, es posible conocerla y la veracidad no es sino el esfuerzo por presentar todo lo que sabemos acerca de ella. El conocimiento es la instancia que media entre la verdad de la realidad en cuanto conjunto de hechos, y la veracidad vinculada al modo de referirlos. Por eso, de cómo se entienda esa instancia epistemológica dependerá el tipo de comprensión de Teoría de la Información que maneje-mos. Ahora bien, si el sujeto construye el conocimiento, y la objetividad no puede entenderse sin la participación del sujeto, y si además, la objetividad periodística tiene que aceptar la manipulación a la que *de facto* el profesional somete a los hechos materia prima para convertirlos en realidad informativa²⁶, el tipo de conocimiento que media entre la verdad y la veracidad es distinto. La verdad informativa comienza a tener visos diferentes a como la ha planteado el realismo y la veracidad se presenta como la raíz y condición de posibilidad de esa verdad que ahora presume de ser principio periodístico. Si la veracidad profesional no se convierte en el pilar central del periodismo, de poco nos sirve pedir y exigir responsabilidad a las tareas de los profesionales de los medios. Y sin responsabilidad periodística se diluye inmediatamente el servicio público de la labor informativa y los derechos constitucionales a ella ligados. Sin embargo, el realismo no puede pensar teóricamente en una veracidad así, porque teme la aparición de cualquier mínimo atisbo de subjetividad contaminador de la verdad ontológica im-poluta que debe transmitirse. Hay que volver a un concepto de veracidad que asuma las garantías realistas de una conexión verdad-veracidad que nos aleje definitivamente de las consecuencias arriba indicadas. Pero ¿puede restaurarse esa conexión sin aceptar los postulados precríticos del realismo y desde una nueva Teoría de la Información periodística?

El primer recorrido que acabamos de finalizar nos asegura que verdad y veracidad pertenecen a campos ontológicamente diferentes, como queriendo abrir un nuevo capítulo en la tensión filosófica fundamental que se mantiene entre la realidad y el sujeto, entre el mundo y el yo, entre lo subjetivo y lo objetivo. Si la tensión existe es porque se reconocen dos instancias con sus particularidades, sus garantías y sus límites. De esta manera, y para que vaya por delante la convicción que trataremos de justificar en este segundo tramo, sólo mediante la aceptación de que esta tensión se produce ante el reconocimiento de la asimetría entre los infinitos matices de la realidad y nuestro limitado conocimiento, se puede pensar una veracidad alejada de la certeza absoluta, y por tanto aceptar que la realidad es siempre mayor. La provisionalidad de esta comprensión nos sitúa a medio camino entre la veracidad triunfalista que, como hemos visto más arriba, termina con la misma verdad,

la primera cuestión reside la confianza que las sociedades depositan en el periodismo, confianza que, curiosamente, depende del grado de cumplimiento de la segunda que, ahora sí, remite exclusivamente a la responsabilidad propia de los profesionales de los medios.

²⁶ Nos referimos aquí a la subjetividad objetivante, nuestra propuesta de comprensión de la objetividad que puede leerse más ampliamente en J. CHILLÓN, o.c., pp. 163-166.

y la veracidad reflejo y copia de la verdad que destruye de un plumazo la particularidad de que sea un sujeto el profesional que opera sobre la realidad.

Nuestras investigaciones, nuestras fuentes, nuestros intentos sinceros de que los relatos informativos tengan algo que ver con la realidad no son más que conjeturas que jamás pueden otorgarnos más certeza que la de la provisionalidad de que es posible una forma mejor de ser veraces y, por tanto, de que es posible una verdad informativa mejor construida que ofrezca a los públicos un conocimiento más perfecto de la realidad. Y todo ello con la firme convicción de que, con todo y con eso, *nuestras conjeturas son todo cuanto podemos hacer por la verdad*. Esta es la segunda clave fundamental de esta nueva navegación: nuestras conjeturas aun cuando sean nuestra única forma de acceder a la verdad, nunca son *la* verdad, por ello nuestras investigaciones nunca pueden presentarse más que como una mera *búsqueda* de tal verdad. Y es esa actitud permanente de esfuerzo y de investigación uno de los lazos esenciales que vinculan la veracidad con el principio de verdad, la actitud que acepta el error y lo corrige, rechazando, en el mismo compás, la mentira.

Hay que recordar que, filosóficamente, la idea de la actitud subjetiva de investigación como conjetura tiene un referente ontológico muy claro asentado en el realismo: la verdad existe, y sólo por ello podemos concebir la posibilidad del error. Toda una filosofía que abandona el paradigma de la certeza sobre el que se construyó la teoría del conocimiento a las puertas de la filosofía moderna, para rescatar un planteamiento ontológico fuerte que para nada tiene que repercutir en seguridades subjetivas²⁷. De hecho, no hay otra posibilidad cuando ya no se considera un dios bueno como garante metafísico, al estilo cartesiano, que vincule la certeza de nuestros contenidos de conocimiento (de nuestras ideas) y la verdad del mundo. La posesión de la verdad, cuyo criterio estaba referido a la evidencia con la que se presentaban *a nuestro espíritu* las ideas, se sustituye por la búsqueda de la verdad, por una actitud de servicio asentada en la finitud del conocimiento humano y en la humildad y honestidad intelectual, que sitúa al error como posible y permanentemente compañero de viaje.

Es, en definitiva, la naturaleza falible del conocimiento que revierte decisivamente en la naturaleza falible de la veracidad periodística. ¿Cómo puede unirse esta naturaleza propia del profesional del periodismo informativo con las vinculaciones ideológicas o los puntos de partida, aparentemente infalibles, de los distintos medios de comunicación? Acudamos a Popper, y en especial a su trabajo titulado *El mito del marco*, para tratar de descubrir, en nuestro caso, que es posible aceptar los marcos particulares de investigación de cada línea editorial, sin que ello nos aboque a la imposibilidad de dar con

²⁷ “Aunque sólo puede conocerse con certeza aquello que es ciertamente real, es un error pensar que sólo es real aquello de lo que se sabe con certeza que es real. No somos omniscientes y, sin duda, mucho de lo que es real es desconocido para todos nosotros”. K. POPPER, *Conjeturas y refutaciones*, Barcelona, Paidós, 1989, p. 153.

la verdad. Popper intenta descubrir la potencialidad del desacuerdo como *condición de posibilidad del progreso del propio conocimiento*: “Sostengo que la ortodoxia es la muerte del conocimiento pues el aumento del conocimiento depende por entero de la existencia de desacuerdos”. ¿Es deseable el acuerdo? No siempre, sobre todo cuando este puede llegar a un convencimiento de la verdad de algo que *en realidad* es falso: por ello preferimos, explica el filósofo de Viena, que ante la dificultad de ofrecer argumentos concluyentes, consideremos que es la verdad de la realidad como *idea regulativa* la que nos invita a producir nuevos y mejores argumentos. El progreso del conocimiento, se puede decir así, está asentado en la posibilidad de un *desacuerdo fecundo*. Y esto, en nuestra opinión, tiene mucho que ver, de nuevo, con su asentamiento metafísico en el realismo: el hecho de que la realidad sea no sólo distinta de nuestros pensamientos y conceptos, sino, además, más amplia e inagotable, es lo que nos obliga a una honestidad intelectual que reconoce que nuestros marcos, es decir, nuestros *prejuicios* en el sentido hermenéutico del término, son tan reales como ampliables y superables en cuanto expresión de nuestra libertad. Es una buena manera de vincular Razón y Libertad como legado popperiano. Nuestra racionalidad, que nos exige una correspondencia cada vez mayor con la realidad y un acercamiento, aunque sea asintótico, a la verdad de la misma, está en perfecta concordancia con el ejercicio de una libertad que reclama ir siempre más allá de la estrechez de nuestro marco. Se advierte, en este sentido, cómo no, la relación entre el falibilismo y la comprensión metafísica de la verdad, presentada por Popper como “brújula que puede prestar una ayuda decisiva en las discusiones críticas”. En conclusión, aparece aquí el ideal de *auto-liberación* de la prisión intelectual: los marcos existen, pero aun no pudiendo ser absolutamente liberados de los mismos, podemos ir ampliando nuestra prisión lejos de ser adictos a un marco determinado. Esta es la actitud abierta que reclama Popper²⁸, no sólo como actitud científica, sino como actitud humana y que nosotros proponemos como auténtica virtud periodística: aquella que sin tener (y probablemente sin deber) que abandonar sus precomprensiones de partida y sus presupuestos ideológicos o empresariales, se pone a la escucha de la realidad, se libera de sus ataduras intelectuales y amplía sus límites de comprensión. La cláusula de conciencia para los periodistas, reconocida en la Constitución²⁹,

²⁸ Existe un buen artículo reciente que trata de conectar las aportaciones popperianas con el quehacer propio de los medios de comunicación y en especial del periodismo de investigación: G. MACHUCA CASTILLO, “El periodismo de investigación y la teoría crítica de la ciencia de K. Popper”, en *Sala de Prensa VII*, vol. 3 (2006): www.saladeprensa.org

²⁹ Y en la Ley Orgánica 2/ 1997 de 19 de junio que regula la Cláusula de Conciencia de los profesionales de la información. “Los elementos definidores de esta Ley Orgánica tienen un doble punto de partida: en primer lugar, la consideración del profesional de información como agente social de información que ejerce su trabajo bajo el principio ineludible de responsabilidad; y, en segundo lugar, la concepción de las empresas de comunicación como entidades que, más allá de su naturaleza jurídica –empresas públicas o privadas– participan en el ejercicio de un derecho constitucional que es condición necesaria para la existencia de un régimen democrático” Párrafo final de la Exposición de Motivos de tal Ley.

avala esta convicción sobre la que debe pivotar la veracidad periodística. Por su parte, el necesario pluralismo informativo que encarnan los medios de comunicación aparece como la contrapartida periodística de ese *desacuerdo fecundo* del que habla Popper. Un desacuerdo que certifica que la verdad está siempre más allá de las perspectivas que representan las verdades informativas propias de cada medio. Un desacuerdo que recuerda diariamente a la veracidad su carácter provisional.

Pero, puede suceder que, a costa de insistir en la no-seguridad con la que los profesionales de los medios se enfrentan a su tarea informativa, los públicos tengan, ahora sí, un argumento más profundo para seguir desconfiando de los medios de comunicación. ¿En dónde podría fundarse ahora la confianza necesaria de los ciudadanos para que quede cubierto su derecho constitucional a la información? Para solventar esta aparente aporía, planteamos las siguientes perspectivas.

La convicción de que la tarea del informador es provisional *sólo* afecta a su propio quehacer profesional en el sentido de considerar que sus investigaciones y averiguaciones pueden ser mejoradas o incluso superadas. Por tanto, se trata de distinguir la veracidad del dogmatismo.

Ahora bien, esta actitud con la que los profesionales producen una verdad informativa no puede conducir a actitudes sospechosas por parte de los públicos, ya que en el mientras-tanto de esa información, esa verdad informativa es *lo que hay*. Esta convicción de la veracidad del periodista a la hora de construir esa verdad debe redundar en actitudes de confianza en una tarea bien hecha, aunque susceptible de ser mejorada.

La actitud periodística tiene que ayudar a los públicos a adquirir la misma *actitud abierta* que les aleje de posiciones dogmáticas y cerradas de quienes se acercan a las líneas editoriales que justifican sus prejuicios ideológicos de partida. Esta actitud de los profesionales redundaría en una mayor confianza en una tarea alejada definitivamente de la periodística que más arriba hemos denunciado.

Sólo una veracidad abierta nos pone en el camino de la verdad, nos saca de nuestros intereses, amplía nuestras perspectivas, nos hace más creíbles, más libres y, por tanto, más responsables, por cierto, una responsabilidad profesional, sobre la que se asienta nuestro derecho a la información. Las ediciones on-line permanentemente actualizadas, las ediciones especiales de los periódicos en caso de algún suceso trágicamente relevante, los avances informativos que progresivamente van ampliando las informaciones, son buenos ejemplos de esa veracidad abierta que se deja sorprender por la realidad siempre superior a nuestro conocimiento de ella y que construye verdades informativas progresivamente más correspondientes con la realidad primera. Si la verdad informativa se sabe provisional y superable es porque la veracidad que la hace posible reniega de las ataduras a tesis de partida, haciendo gala, por el contrario, de su apertura a nuevas y mejores formas de construc-

ción de esa verdad. En la naturaleza prudencial de la verdad informativa reside un periodismo de altura que busca, a pesar de todo, *la* verdad; en la convicción profesional que actúa a partir de una veracidad prudente, la manifestación evidente de una veracidad vinculada y conexas intrínsecamente con la verdad. Es la prudencia periodística la que exige mejores pruebas y más fiabilidad en las fuentes para poder publicar una información, la que pide tiempo suficiente para documentarse y verificar una filtración, la que a falta de investigación, decide no incluir a la ligera una información suficientemente complicada que por breve sería incompleta o la que destierra aquellas cuestiones que, pudiendo llegar a ser muy interesantes, no son informativamente relevantes³⁰.

Pero, ¿cuándo el profesional del periodismo estará seguro de haber actuado con una veracidad prudente que le mantenga vinculado con la verdad como principio y que ponga a buen recaudo su *ethos* profesional? Cuando la verdad informativa construida aporte la verosimilitud suficiente como para producir en los públicos el conocimiento esperado. Descubrimos aquí una clave esencial de cuanto venimos diciendo: la verdad informativa, especialmente en el caso del periodismo de investigación, esa verdad construida por los a priori cognoscitivos y profesionales de los periodistas y que llega de esta manera a los públicos en forma de realidad informativa, tiene más visos de verosimilitud que de verdad tal y como la tradición filosófica más clásica la ha comprendido. La verosimilitud no es sino la realidad creada que trata de aproximarse a la verdad por medio de las verificaciones adecuadas; la verosimilitud, sería, en este sentido, el resultado de cuanto puede hacer la veracidad por la verdad. A mayor verosimilitud, mayores y mejores contenidos de verdad³¹. Y así, mientras la realidad materia prima de la información tiene la contrapar-

³⁰ Emmanuel Derieux incluye en su estudio un notable grupo de fallos de sentencias jurídicas que emiten algún tipo de jurisprudencia, en este caso francesa, al respecto. Por ejemplo a la hora de condenar al director de una publicación quien, a fuer de sacar una información a flote y destacar la exclusiva correspondiente, “no procedió a ninguna verificación previa o comprobación, acompañándola de un título especialmente explosivo” y porque “había rectificado demasiado tarde”. Cfr. E. DERIEUX, *Cuestiones ético-jurídicas de la información*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1983, pp. 144ss.

³¹ Por cierto que también toda la filosofía de Popper vincula contenidos de verdad y verosimilitud como una especie de resultado de la infatigable búsqueda de la verdad que caracteriza a todo saber crítico: “Para definir la *verosimilitud*, Popper utiliza la noción de contenido lógico de un enunciado. Este viene formado por todos aquellos enunciados que se derivan de él. Con su definición de verosimilitud, Popper pretende únicamente dar sentido a la intuición por la que pensamos que ciertas afirmaciones o teorías están más cerca de la verdad que otras. La idea de Popper es: basándose en el hecho lógico de que todo enunciado da lugar a consecuencias verdaderas o falsas, se obtiene una representación extensional de la verdad del mismo. La aproximación a la verdad del enunciado o verosimilitud viene así definida por la diferencia entre una magnitud extensional positiva, el contenido de verdad, y una magnitud extensional negativa, el contenido de falsedad”. J. MARTÍNEZ, *Ciencia y dogmatismo: el problema de la objetividad en K. Popper*, Madrid, Cátedra, 1980, p. 121. Pero, puesto que la verdad no es el único objetivo de la ciencia, Popper asegura que hay otra meta más modesta que es la verosimilitud. Esta es otra manera de saber si el camino del conocimiento es el correcto y no se va andando a ciegas. A su juicio, “aunque no poseamos un criterio de verdad y ni

tida ontológica de la verdad, la verosimilitud es a donde el constructo periodístico veraz puede llegar. Podemos decir, entonces, que la verosimilitud es el referente ontológico de la verdad informativa o la ración veritativa del relato periodístico, de la realidad informativamente construida.

La verosimilitud se caracteriza, en este sentido, por el hecho de que, al no estar presente en el mundo y al haberse producido ya los acontecimientos, se puede reconstruir un relato que ofrezca la siguiente presuposición: *así ha debido de ocurrir esto*. La verosimilitud, por tanto, se presenta como el asiento ontológico de la veracidad prudente que construye una verdad informativa provisional hasta que aparezcan mejores verificaciones que lleven a nuevas comprobaciones de la plausibilidad de lo informado³². Es cierto, sin embargo, que hablar de verosimilitud puede levantar sospechas en cuanto al maquillaje al que se someten las reconstrucciones informativas para aumentar la credibilidad del contenido aun en mayor medida que la credibilidad correspondiente al mismo relato *realista* de los hechos³³. Pero nosotros no queremos referirnos a esa verosimilitud tramposa, sino a la verosimilitud de la realidad que resulta de la veracidad profesional. La infografía explicativa de hechos de difícil comprensión (tramas de robos, accidentes o acciones terroristas), las reconstrucciones de acontecimientos reales con actores o incluso con los mismos protagonistas (reportaje del Tedax que desconectó los cables y explotó la Goma 2 ECO encontrada en la famosa *mochila* en el contexto del 11-M y emitido por Tele 5) o las investigaciones publicadas que incluyen el término “posible” en su acervo para evitar convertir indicios más o menos seguros en tesis definitivas, son excelentes muestras de realidades informativas verosímiles, de verdades informativas fruto de verificaciones guiadas por la veracidad profesional periodística.

siquiera medios para estar totalmente seguros de la falsedad de una teoría, es más fácil descubrir que una teoría es falsa que descubrir que es verdadera. Incluso, tenemos buenas razones para pensar que, estrictamente hablando, la mayoría de nuestras teorías son falsas, pues idealizan o simplifican excesivamente los hechos. Sin embargo, una conjetura falsa puede estar más o menos próxima a la verdad. Así llegamos a la idea de proximidad a la verdad, o de mayor o menor aproximación a la verdad, es decir, a la idea de verosimilitud”. Citado por J. F. MARTÍNEZ SOLANO, *El problema de la verdad en K. Popper*, La Coruña, Netbiblo, 2005, p. 177.

³² Cfr. P. CHARAUDEAU, *El discurso de la información*, Barcelona, Gedisa, 2004, pp. 65ss. Además, este autor dedica estas mismas páginas a pensar las pruebas de la veracidad que, según él, son: *autenticidad, verosimilitud y explicación*. En la primera, reside la transparencia que trata de explicar que la verdad es esto que se muestra en el relato; la verosimilitud intenta hacer creíble una realidad supuesta que debe asemejarse al acontecimiento pasado; por su parte, la explicación intenta presuponer que “este es el motivo por el que esto es así”. Digamos que es el momento de las fuentes precisas, de los testimonios, de los expertos. “Si existe una especificidad del discurso informativo mediático, ésta reside en que en él se convocan, en forma variable y con fortunas diversas, efectos de autenticidad, de verosimilitud y de explicación, en función de los imaginarios que se le adjudiquen al receptor”. *Ibid.*, p. 74.

³³ Es el caso en el que se sustituye la búsqueda de la verdad por “la eficacia de la verosimilitud que consigue enmascarar la propagación de grandes mentiras, mediante crónicas admirablemente exactas, llenas de citas y repletas de datos precisos”. G. GALDÓN, *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*, Pamplona, Eunsa, 2001, p. 178. Es interesante comprobar los ejemplos citados por este autor en notas a pie de página sobre informaciones perfectamente verosímiles pero falsas.

La veracidad conjetural, prudente y provisional con la que el sujeto se acerca a comprender la realidad para luego transmitirla, provoca verdades informativas que son conjeturas, que poseen una naturaleza prudencial y que se presentan como verdades provisionales. De nuevo comprobamos cómo la veracidad es condición de posibilidad de la verdad informativa.

Efectivamente: verdad y veracidad se encuentran intrínsecamente conexas y vinculadas, la una como presupuesto necesario de un periodismo que provoque en los públicos el conocimiento esperado de la realidad, la otra como condición de posibilidad de que la realidad que llega a los destinatarios mediada periódicamente sea, de alguna manera, verdadera. Sabemos a qué tipo de verdad nos estamos refiriendo cuando hablamos de la verdad informativa: de la verdad adecuada a una Teoría de la información periodística que abandona la ingenuidad del realismo informativo y la prepotencia del idealismo constructivista. Nos estamos refiriendo a una verdad construida correspondiente *ontológicamente* a una realidad de segundo orden como es la realidad informativa. Una verdad que tiene las garantías que le da saberse permanentemente conexas con la realidad primera, la realidad materia-prima de la información. Pues bien, esa garantía de que la realidad segunda sea realidad informativa y de que la verdad correspondiente sea verdad informativa no es otra que la *veracidad*. Por eso la veracidad es *raíz* del principio de verdad: porque, por una parte, la verdad se mantiene como *desideratum* al que tenemos que lograr ajustarnos, y por otra, porque la verdad informativa sólo es posible a partir de una veracidad que haga de continuo cable tensor entre esa verdad informativa siempre parcial, y la verdad como principio hacia el que un periodismo intelectualmente saneado ha de aproximarse asintóticamente. Esta es la clave: una nueva comprensión de la veracidad para una nueva Teoría de la Información periodística.

Los textos que aparecen en los periódicos, las piezas construidas para los formatos televisivos, las noticias radiadas... son inevitablemente formatos informativos construidos lingüísticamente. La veracidad queda plasmada en el discurso informativo cuya irrebasabilidad lingüística está argumentando de nuevo, y más radicalmente aún si cabe, contra el pretendido realismo informativo. Con el lenguaje categorizamos la realidad, la resumimos y de alguna manera la construimos. Sólo hay mundo y experiencia de mundo para quien tiene lenguaje. Conocemos el mundo, siempre de modo tentativo, escribe Albert Chillón, a medida que lo designamos con palabras y lo construimos sintácticamente con enunciados, es decir, a medida que lo empalabramos³⁴. En nuestro caso, sólo hay realidad informativa si hay una elevación

³⁴ Neologismo acuñado por Lluís Duch en sus reflexiones acerca de la naturaleza logomítica del lenguaje. Cfr. A. CHILLÓN, o.c., 70: "El lenguaje es, como en la célebre parábola con que Kant da inicio a su Crítica de la Razón Pura, el aire que el pájaro del pensamiento precisa para elevarse por encima de la mera percepción sensorial de lo inmediato; el pájaro topa con la resistencia del aire, pero esta, justamente, es la que le permite volar".

de la experiencia de realidad de primer orden a la lingüisticidad propia del discurso de la información. La veracidad, como actitud sobre la que pivota la garantía de que el periodismo consiga los objetivos sociales esperados, tiene una contrapartida lingüística en la forma de expresar la verdad informativa, ya que, siguiendo nuestra propuesta, esta verdad es resultado del ejercicio de aquella veracidad. Es evidente que la veracidad tiene un efecto *ontológico* sobre la realidad: la construye para públicos que no encuentran la información ahí fuera como se encuentran otros objetos cuya existencia es independiente del hombre, aunque su percepción dependa de la subjetividad del percipiente. La información exige la dotación del rango de noticioso a algo sucedido, un rango que de por sí ese algo no tiene si nadie lo publica, lo graba o lo relata. Si no hay estrategia informativa, no hay información; si no hay discurso informativo, no hay realidad informativa; si no hay veracidad profesional, no hay verdad informativa. Quien reclama para una realidad la posibilidad de ser contenido para una información, está categorizando esa realidad como *realidad materia-prima* de la información (ontológicamente desde el punto de vista periodístico, realidad primera) a partir de la cual se construirá una realidad segunda, una realidad informativa de cuya verdad dependerá la veracidad del sujeto en quien recaen las decisiones de otorgar tales estatutos a tales hechos. Decisiones que pasan por las rutinas profesionales y por las inevitables constituciones lingüísticas de toda una realidad informativa verdadera en cuanto conexcionada con lo sucedido.

Por tanto, la verdad informativa y la veracidad que la sustenta parecen no poder cerrarse definitivamente hasta que los participantes en el proceso comunicativo que constituye la información no reconozcan que las pretensiones de legitimidad creíble del discurso están garantizadas por el medio en cuestión. Y es que, aunque la verdad informativa tenga su condición de posibilidad en la veracidad del profesional que la vincula ontológicamente a la realidad primera, también depende de si los efectos de conocimiento en los públicos se cumplen. Tales efectos se cumplirán si la realidad informativa dice, explica, razona los porqués o analiza las probabilidades, según el tipo de discurso informativo utilizado a partir del cual se construya la realidad informativa con las pretensiones de credibilidad esperadas. Y de nuevo, el pilar de toda profesionalidad: pretensiones que se cumplen definitivamente en los efectos cognoscitivos de la ciudadanía, pero que dependen de la veracidad periodística. Como se ve en el ejemplo, los mismos hechos pueden otorgar a veracidades distintas realidades informativas que en unos casos sólo apunten al relato de lo acontecido, que en otros investiguen las posibles causas o que adviertan un posible cúmulo de consecuencias.

Esas aparentemente distintas realidades informativas constituirán diferentes verdades informativas si no son más que aristas de aquella verdad poliédrica que se presenta como principio para el periodismo. ¿Habrá entonces verdad ante tal diversidad informativa? El pluralismo legítimo en toda

democracia no puede poner en un brete la verdad esperable del periodismo³⁵. Y no lo hace cuando consideramos la verdad informativa según lo hemos expuesto: como una verdad lejos del realismo y abierta a la constitución por parte de una veracidad subjetiva. Y esto no es sólo que los hechos sean los mismos y las interpretaciones distintas, no. Es algo más interesante, y a nuestro modo de ver más aprovechable para el periodismo. Se trata de pensar que las realidades informativas distintas permitan a los lectores acceder al conocimiento de la misma realidad primera, aunque la veracidad particular de cada profesional y sus contenidos (en donde se asientan, por supuesto, sus servidumbres ideológicas) construyan diversas verdades informativas, y por tanto discursos distintos, a cuyos tipos, como hemos intentado explicar más arriba, corresponden credibilidades distintas³⁶. ¿Por qué una visión así no nos condena al sesgo de la peor calaña y por tanto a la desinformación? Porque estamos seguros de no haber perdido la conexión central verdad-veracidad, por muy sutil que esta aparezca. Sin embargo, ir con tesis de partida, con resoluciones previas o con juicios paralelos al *encuentro* de la realidad primera, nos dará un resultado tan nefasto como el explicado en las primeras páginas de este artículo.

³⁵ “Del mismo modo que es preciso reconocer que los medios no pueden vehicular toda la verdad, hay que reconocer también que puede haber más de una forma verdadera de contar la realidad. La realidad es muy rica, y puede ser abordada desde diversas perspectivas, desde diversos frentes. No hay, pues, una única forma de transmitir la verdad informativa, siempre, claro está, que todo lo que se diga sea verdad”. C. SORIA, *El laberinto informativo*, Pamplona, Eunsa, 1997, p. 136.

³⁶ Las filosofías del lenguaje ancladas en el paradigma epistémico de la conciencia han insistido en presentar la comunicación desde el punto de vista de la intencionalidad del emisor. De esta manera, el éxito del intercambio comunicativo depende de que la intención comunicativa de este sea captada por el receptor en virtud de la cual haga aquello que el hablante desea. Parecía que autores como Grice accedían a comprender el intercambio comunicativo no sólo desde el postulado de la intencionalidad, sino también desde el postulado de la influencia del hablante en su interlocutor. Es evidente la importancia de esta comprensión analítica para el análisis mediático: las publicaciones con testimonios e investigaciones avanzadas pretenden transformar las convicciones y creencias de los públicos, pero también reforzarlas. Sin embargo, el proceso queda incompleto hasta que no se compruebe la correlación entre los efectos propuestos y los efectos producidos. Probablemente para el primer análisis nos sirven las informaciones publicadas y las investigaciones realizadas, para ese segundo camino de vuelta, los estudios mediáticos tendrán que acceder a la interdisciplinariedad de trabajos sociológicos, encuestas o reforzar secciones de los medios como las cartas de los lectores o las respuestas via web a partir de algunas preguntas puntuales. El especialista francés Charaudeau, a este respecto de tratar de comprender la adaptación entre los efectos pretendidos y los realmente conseguidos, reconoce que los medios deberían examinar tal grado de satisfacción planteándose las siguientes preguntas: “¿Qué efecto se busca cuando se quiere informar y a qué tipo de destinatario se dirige este acto? (...) ¿De qué medios dispone el informador para conocer estas características del receptor? ¿Tendrá una información el mismo efecto cuando se inscribe en un dispositivo privado, como lo es la información confidencial, que cuando se inscribe en uno público? ¿Se controla una información cuando es recibida, recuperada y luego retransmitida fuera del dispositivo inicial (lo que se conoce con el nombre de filtraciones) y no se producirán en ese caso efectos no previstos de rumor?”. P. CHARAUDEAU, o.c., p. 46.

Lo que es evidente tras este análisis es que, aunque el periodista no tenga poder sobre los hechos, sí lo tiene sobre la escritura, sobre la forma de construir el discurso y que es el lenguaje el mediador entre la realidad sentida y percibida, y la realidad informativa, y que por tanto, es el lenguaje el que tiene que rendir cuentas de esa veracidad profesional en la que se sigue apoyando la posibilidad de un periodismo garante de los valores democráticos.

“Es el lenguaje periodístico el que permite estructurar los contenidos con un fin expresivo-informativo. Sobre esta base es posible el reemplazo del concepto tradicional de género periodístico como etiqueta, por la de categoría de forma estilística, periodística o formación funcional estilística-periodística (...) Aparecería así un nuevo modelo de texto periodístico multidimensional, híbrido e intertextual, encaminado a aumentar el conocimiento conceptual, cuestionar verdades establecidas y sugerir otros análisis de contenidos”³⁷.

La veracidad profesional tiene que tener en cuenta, en primer lugar, la exactitud de los hechos, en segundo lugar, el examen sobre si las afirmaciones vertidas o los testimonios no ocultan más información de la que revelan, así como la correspondencia entre la verdad de la que se quiere informar y el lenguaje empleado para su divulgación. Se trata de una triple función fáctica, crítica y semántica que se coimplican y que, a nuestro modo de ver, ofrecen una visión completa de lo que es la veracidad. Son tres funciones que han ido apareciendo en todo este capítulo: cómo tratar los hechos y cuál es el peligro de una veracidad desconexiónada de la verdad considerada como principio, cuál es el peligro del periodismo demiúrgico y del oficialista como los dos extremos que hemos detectado dentro de la función crítica de la veracidad y, por último, esta función semántica sobre el discurso lingüístico desde el que construir una *nueva* verdad como la informativa.

En definitiva, hablar de la veracidad es hablar de la calidad de la información y someter a examen el verdadero pilar responsable: el sujeto profesional. No está en sus manos la posibilidad de transformar ni crear los hechos, pero sí el tejerlos unos con otros, la construcción del relato o la contextualización del acontecimiento. La credibilidad y fiabilidad de la información³⁸ y todas

³⁷ Y. HABER GUERRA, “El texto periodístico en la era digital. Hacia un nuevo estatuto epistemológico del periodismo”, en *Estudios sobre el mensaje periodístico* 11 (2005) 50. Es este mismo autor, Yamile Haber, quien propone fundamentar una nueva concepción del periodismo basada en el reconocimiento del papel determinante del lenguaje en la transformación del hecho noticioso en texto periodístico. Lo que nosotros hemos llamado el tránsito ontológico de la realidad primera a la realidad segunda o realidad informativa.

³⁸ “Más que añadir contexto e interpretación, la prensa necesita concentrarse en la síntesis y en la verificación. Tamizar los rumores, las insinuaciones, lo insignificante y lo superfluo y concentrarse en lo que es cierto y relevante de una noticia (...) Los ciudadanos necesitan una respuesta a la pregunta: de lo que me cuentan, ¿qué puedo creer? En esta nueva época, el papel de la prensa, por tanto, consiste en responder a la cuestión: ¿dónde está la mejor información? La verificación y la síntesis se han convertido en la espina dorsal del nuevo papel guardián del periodista, el de ser un creador de sentido”. B. KOVACH y T. ROSENSTIEL, o.c., p. 67. Más o menos esas tres funciones de la veracidad aparecen en el reciente trabajo de Félix Ortega: “el punto de partida desde el que se inicia el proceso informativo suele ser un acon-

las garantías a ella ligadas, desde las constitucionales a las deontológicas, penden de la veracidad del profesional y de las otras dos raíces del principio de verdad. Ser periodista hoy es ser, más que nunca, un servidor público.

Esta importancia de la calidad de la información puede dar la razón, aunque solo sea parcialmente, a Luhmann y a su Teoría de sistemas, cuando advierte de cómo los medios de comunicación como sistema no pueden medirse por el rasero de la verdad-falsedad propio del sistema de las ciencias. A los medios de comunicación, escribe Luhmann, sólo puede afectarles el código información-no información³⁹. Pero a Luhmann le hace falta algo más para que su propuesta quede completa. De otra manera la pregunta inminente sería: ¿y cuáles son los criterios de informatividad? Y es que el binomio información/no información solo puede completarse con otro más básico y fundamental: veracidad/mentira. De la misma manera que una teoría científica no puede soportar la falsedad evidente en cualquiera de sus premisas, una noticia no puede ser información si está construida con atisbos de mentira. Puede haber información cuando esta sea veraz aunque resulte ser falsa.

“Si hay un valor institucional, determinante y denso de la profesión que más allá de justificaciones y formalidades da sentido y contenido al periodismo, este no es otro que la información. Es ella y solo ella la que hoy día puede otorgar al periodismo un perfil específico. Es ella la que puede proporcionar a la sociedad una contribución relevante en términos cognoscitivos, pero también en el orden político y moral”⁴⁰.

Reconocer el valor de la información y la necesaria calidad correspondiente es apostar por el valor de la verdad informativa, o lo que es lo mismo por la veracidad. La veracidad es la voluntad de verdad y de esta manera puede estar conceptualizada desde una teoría de la información que, considerando el necesario valor ontológico de la realidad en la que reside la verdad de los hechos que ocurren y desde los que se informa, abra su teoría a la

tecimiento del cual el periodista carece de experiencia directa: ha de conformarse con la representación del mismo que le suministran otros: es el problema de las fuentes. Pero estas no proporcionan una mera descripción de lo acontecido, sino una interpretación generalmente interesada partidaria. Se requiere sin embargo algo más: que el periodista tenga a su disposición los recursos intelectuales adecuados para poder analizar y discriminar tales interpretaciones. Lo que nos lleva al segundo requisito de la información: que el periodista que se dedica a ella no puede limitarse a acumular datos inconexos, sino que ha de organizarlos de manera que los mismos ofrezcan un sentido de lo acontecido”. F. ORTEGA, o.c., p 17.

³⁹ Cfr. N. LUHMANN, *La realidad de los medios de masas*, Barcelona, Anthropos, 2000, p. 56: “Aunque la verdad o la presunción de verdad son indispensables para las noticias y los reportajes, los medios de comunicación no se orientan por el código verdad/falsedad (propio del sistema de la ciencia) sino por el código propio de su campo programático: información/no información. Ello se reconoce sobre todo, porque los medios de masas no usan la verdad como valor de reflexión: para las noticias y los reportajes no es decisivo que la no verdad quede excluida (...) El problema de la información noticiosa estriba en su selectividad, y esto tiene consecuencias muy amplias para aquello que podría designarse como la climatización de los mass media”.

⁴⁰ F. ORTEGA, o.c., p. 16.

consideración del sujeto y sus particularidades profesionales y cognoscitivas como condición de posibilidad de reconocimiento de esa verdad.

Es a este compromiso con la verdad al que nosotros hemos querido denominar verdad como principio. Y de esta manera, la Verdad permanece antes como fundamento y después como asiento de la legitimidad de la profesión periodística: antes como principio desde el que construir, después como principio con el que contrastar. La parte *objetivante* de nuestra propuesta teórica hace referencia al nivel ontológico, a la realidad y a su verdad, con la particularidad de que el neologismo conserva las terminaciones *-nt-* propias del participio de presente latino que indica actividad y continuidad. No existe la objetividad como tal, pero sí el esfuerzo y la actividad constante por aproximarse a la verdad de la realidad. Una aproximación que hace mella en la responsabilidad pública del periodista que recae en la veracidad. Y esta es la clave de este epígrafe: la veracidad es a la verdad como la subjetividad a la actividad objetivante. Sólo la correlación de raíz kantiana entre las aportaciones del sujeto y el objeto, en cuanto distinto del cognoscente, puede ayudar a vincular estos dos polos de cuyo equilibrio depende el futuro y la rehabilitación del periodismo.